

Ejércitos árabes

[Antonio Navarro](#)

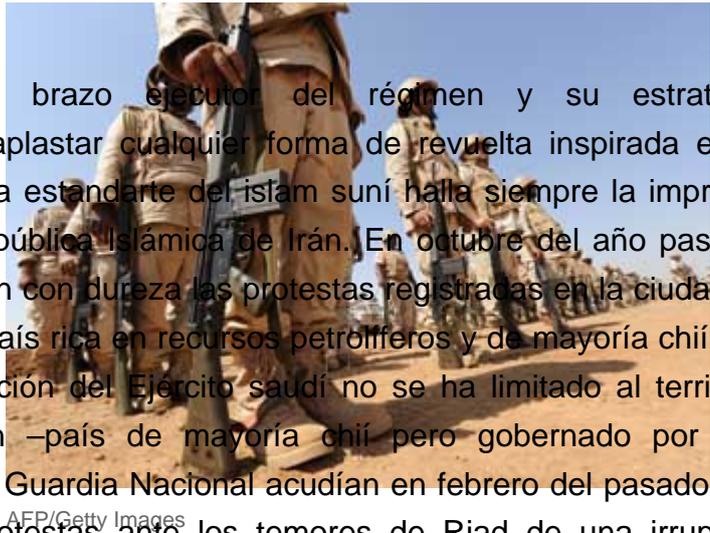
Entre la resistencia y la retirada.

La ola de revueltas populares que sacude el mundo árabe desde comienzos de 2011 en demanda de mayores cotas de libertad, control de la acción gubernamental, justicia y dignidad ha logrado poner en entredicho la estructura de poder de varias de las autocracias de la región. Los ejércitos, convencidos de su papel de salvaguarda de las esencias de los regímenes árabes, tratan de conservar intacto su poder a pesar de que la sociedad exige crecientemente avanzar hacia la conquista de la soberanía política. En Túnez o Egipto, los mandos militares principales decidieron pronto abandonar a sus presidentes ante la cólera popular, mientras en Libia, Yemen o Siria, éstos se dividieron o se mantuvieron leales al régimen.

La falta de una alternativa política articulada en sociedades divididas por la fragmentación sectaria, la ausencia de partidos representativos, la inexistencia de un tejido civil articulado —carencias democráticas esenciales— y, en fin, las imperiosas necesidades materiales juegan a favor de un estamento que se resiste a abandonar la escena de forma definitiva. El investigador del Carnegie Middle East Center de Beirut, Yezid Sayigh, y experto en el estudio del papel de los ejércitos árabes, advierte: “Si los procesos de transición sucumben a las difíciles circunstancias económicas, no es inconcebible que Túnez y Egipto acudan, siguiendo el modelo libanés, a los altos mandos militares buscando la salvación nacional. No se volverá a la dictadura ni se convertirán en presidentes, pero sí limitarán la democracia”. En un escenario cambiante —y salvando las profundas diferencias entre cada caso—, los ejércitos negocian nuevos roles en pugna con las nuevas fuerzas emergentes en la región.

Arabia Saudí

El Ejército saudí ha actuado como brazo ejecutor del régimen y su estrategia contrarrevolucionaria en su intento por aplastar cualquier forma de revuelta inspirada en la primavera árabe, tras la que la monarquía estandarte del islam suní halla siempre la impronta de los intereses expansionistas de la República Islámica de Irán. En octubre del año pasado, las fuerzas de seguridad saudíes reprimían con dureza las protestas registradas en la ciudad de Qatif, situada en la provincia oriental del país rica en recursos petrolíferos y de mayoría chií. Sin lugar a las contemplaciones. La intervención del Ejército saudí no se ha limitado al territorio nacional; también en la vecina Bahrein —país de mayoría chií pero gobernado por una monarquía suní—, donde las tropas de la Guardia Nacional acudían en febrero del pasado año —1.200 unidades— a poner fin a las protestas ante los temores de Riad de una irrupción regional. Con todo, la Casa de Saúd —que abandera hoy la condena al régimen de Bashar al Assad en Siria y financia al Ejército opositor— trata de ejercer un papel de liderazgo regional en la nueva etapa que topa irremisiblemente con su propio inmovilismo, cinismo e insalvables contradicciones. Aunque, por el momento, a pesar del malestar creciente de su propia población, la protesta doméstica no ha alcanzado cotas dignas de poner a prueba al régimen saudí.



Argelia

Le pouvoir (El poder), modo eufemístico con el que en el país magrebí se conoce a la élite militar gobernante, manda desde la creación de la República Argelina en 1962. El golpe de Estado de enero de 1992 tras la victoria del Frente Islámico de Salvación (FIS) en la primera vuelta de las elecciones legislativas —las primeras libres— y la posterior y cruenta guerra librada contra los islamistas, confirmó su hegemonía. Su exitoso modelo ha consolidado a los generales y a la red de intereses económicos que tienen. El régimen subsiste hoy gracias al éxito de la implacable acción de las fuerzas de seguridad, un juego electoral meramente cosmético —a pesar del reconocimiento constitucional del multipartidismo en 1989— y el apoyo financiero de los ingresos procedentes de los abundantes recursos de gas y petróleo del país magrebí. El Frente Nacional de Liberación (FNL), el viejo partido único protagonista de la independencia argelina, que lidera el presidente Abdelaziz Buteflika, sigue beneficiándose de la ausencia de oposición real al régimen en las contiendas electorales. La lucha contra el terrorismo *yihadista* —y la firme alianza militar con EE UU en esta tarea— constituye, además, un pilar esencial para la credibilidad del Gobierno. El general Buteflika, que dirige el país desde 1999, ha sorteado la primavera árabe —a pesar del creciente descontento popular— con la extensión de los subsidios sociales y tímidas promesas reformistas a costa de una sociedad aún lastrada por el miedo a una nueva conflagración civil. En las últimas elecciones legislativas

de mayo de 2012, contrariamente a lo que muchos anticipaban, el ascenso del islamismo –el FIS sigue siendo ilegal—resultó un fiasco; el FNL volvió a cosechar una amplia victoria gracias a contar con toda la maquinaria del régimen –incluido un sistema electoral que les favorece— a su servicio.

La ausencia de oposición real al régimen no oculta la batalla que se libra en los últimos años en el seno de la élite argelina entre los altos mandos militares, los servicios de inteligencia y los sectores civiles del partido gobernante, con el presidente a la cabeza, partidarios de una mayor liberalización económica. Hasta las elecciones presidenciales de 2014 el viejo general y la oxidada estructura no hallarán obstáculos mayores.



Para no pocos observadores, los militares –y los intereses económicos y políticos foráneos que estos se encargan de proteger— siguen siendo el único poder real en Egipto. Los 18 meses transcurridos desde el inicio de la revolución de la plaza Tahrir de El Cairo han probado las iniciales promesas del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas de apartarse de la vida pública y ceder el poder a la sociedad civil a pesar de acabar uniéndose al levantamiento popular cuando Mubarak era ya cadáver político. El golpe de Estado suave llevado por los militares a través del Tribunal Constitucional en la víspera de la segunda ronda de las elecciones presidenciales al invalidar las dos cámaras de la Asamblea Popular –de mayoría islamista—, asumir en el Consejo amplios poderes legislativos y anunciar, consecuentemente, la creación de un nuevo cuerpo encargado de redactar una Constitución interina, confirman las intenciones de los generales. Incluido el sospechoso resultado electoral –un ajustado 51,7% a favor del candidato de los Hermanos Musulmanes y actual presidente Morsi frente al 48% de Ahmed Shafiq, ex primer ministro de Mubarak— tras varias jornadas de escrutinio. La pugna entre el islamismo y las fuerzas políticas seculares y los militares continuará en los próximos tiempos, al igual que el regateo y la negociación de atribuciones y privilegios entre el nuevo poder civil y los hombres de uniforme.

La elaboración de la futura Constitución medirá las fuerzas en una contienda que se antoja larga. Por lo pronto, el presidente Morsi se bajó del carro un día después de su jugada audaz de habilitar el anulado Parlamento alegando “respeto” a la justicia y el Estado de Derecho. En su reciente visita a El Cairo, la secretaria de Estado estadounidense, Hillary Clinton, expresó al mariscal Husein Tantawi, jefe de la Junta Militar, su deseo de ver reducida la misión de los militares a “un papel exclusivamente circunscrito a la seguridad nacional”. “La actitud impredecible de los militares en la transición habla de la ausencia de una estrategia propia y de una actuación meramente impulsiva, guiada por un autoritarismo y el paternalismo inherentes”,

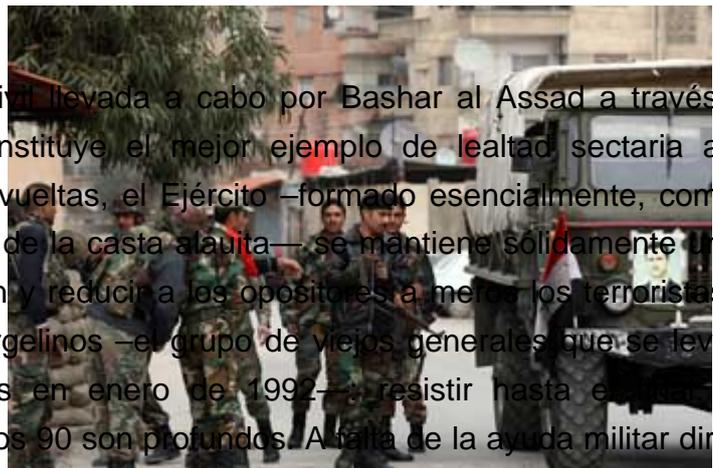
remarca Sayigh del Carnegie Middle East Center.

Libia

A diferencia de Egipto, en Libia no ha existido algo parecido a una junta militar encargada de la tutela de la transición desde el régimen del coronel Gadafi, que marginó al Ejército en los últimos 20 años creando unidades pretorianas leales a su persona y no dudó en ordenar a sus tropas disparar contra la oposición. El Gobierno del Consejo Nacional de Transición, que asumió el poder tras la caída del dictador, ha tratado en los últimos meses de controlar la situación con una sociedad crecientemente insatisfecha y aún un sinfín de milicias armadas dispuestas a seguir haciendo la guerra por su cuenta. Con un Consejo que ha venido actuando como un paraguas institucional, Libia carece aún de una estructura militar capaz -desintegrada de forma parcial de la estructura existente- de absorber a la pléyade de grupos juveniles levantados en la revolución contra Gadafi –en torno a 200.000 personas aseguran ser rebeldes. En mayo pasado, no obstante, los esfuerzos del Consejo habían logrado que el Ejército contara ya con 35.000 unidades, constituidas esencialmente por rebeldes sin una formación militar específica. El proceso de integración de un nuevo Ejército nacional democrático es prioritario: Trípoli ha demandado en los últimos meses ayuda logística a Jordania, Turquía y Qatar. Y no parece demasiado probable que se produzca una conflagración armada entre las brigadas del Este y el Oeste. El resultado de las elecciones del pasado mes de junio, con la mayoría obtenida por una coalición de formaciones liberales, auguran un escenario moderadamente optimista. Además, el entorno geopolítico libio es más favorable que el de otros países del mundo árabe y el conjunto de la región.

Siria

La brutal represión contra la población civil llevada a cabo por Bashar al Assad a través del Ejército sirio y fuerzas paramilitares constituye el mejor ejemplo de lealtad sectaria a un régimen. A pesar de los 18 meses de revueltas, el Ejército –formado esencialmente, como el resto de la Administración, por miembros de la casta alauita— se mantiene sólidamente unido. El régimen trata de *islamizar* la revolución y reducir a los opositores a meros terroristas. Al Assad ha aprendido de los *janvieristes* argelinos –el grupo de viejos generales que se levantó contra la victoria islamista en las urnas en enero de 1992— a resistir hasta el final. Las similitudes con la guerra civil argelina de los 90 son profundas. A falta de la ayuda militar directa desde el exterior y con el apoyo aún firme de China y Rusia a Damasco, el Ejército Libre de Siria –paraguas militar de una oposición variopinta e incapaz de ponerse de acuerdo en estrategias y principios y que está integrada, fundamentalmente, por desertores— no parece representar aún una amenaza seria a la estructura militar del régimen, que aún no ha



Louai Beshara/AFP/Getty Images

desplegado toda su capacidad potencial para golpear. Sin embargo, las deserciones registradas en las últimas fechas y, sobre todo, el duro golpe recibido por la cúpula militar y de las fuerzas de seguridad el pasado día 18 de julio —con la muerte del ministro de Defensa y de otros altos cargos del departamento— podrían acelerar el final del régimen construido sobre la estructura del partido Baaz por Hafez al Assad desde 1971 y apuntalado por su hijo Bashar a partir del año 2000.

Túnez

Aún persisten con fuerza las imágenes de los soldados del Ejército tunecino negándose a disparar a los manifestantes de la *revolución de los jazmines* —acaecida entre diciembre de 2010 y enero de 2011— contra la autocracia de Zine el Abidine Ben Alí en la memoria colectiva del país magrebí. Ben Alí, continuando la estrategia instaurada por el *padre del Túnez contemporáneo* Habib Burguiba, mantuvo a los militares alejados del poder durante más de los 24 años que estuvo instaurado un régimen sostenido por los servicios de seguridad y el Reagrupamiento Constitucional Democrático: partido único *de facto*. Desde el inicio de la revuelta a finales de 2010, los militares estuvieron del lado de un pueblo que confiaba en ellos más que en ningún otro estamento o institución del país. Con todo, los mandos militares han dejado fundamentalmente intacto el Ministerio del Interior. Como escribe el investigador Badra Gaaloui: “Ha quedado claro que la estrategia de Ben Alí de marginalización de los militares se ha convertido en un inopinado aliado de la transición política”. En resumen, hay profundas razones para creer que el Ejército no será un obstáculo mayor en el proceso de normalización política tunecina, aunque la nueva realidad refuerza su situación.

Yemen

La irrupción revolucionaria en Yemen puso fin el pasado mes de enero a la autoridad que ejercía Alí Abdula Saleh —desde 1978 al frente del país— con el papel clave del Ejército. Éste sufrió una parálisis a medida que la revuelta contra Saleh arremetía, convirtiéndose en factor clave en la transición en la presidencia. El movimiento juvenil impulsor de la revuelta, convencido del riesgo de que la transición se redujera a un mero lavado de cara del régimen y que permaneciera la misma élite al mando, comenzó a tejer entonces una alianza con los actores principales del país: una parte de la cúpula militar, del liderazgo tribal y de los grupos islamistas. El nuevo presidente electo Abed Rabbo Mansur Haidi —vicepresidente desde 1994— inició su mandato con la destitución de varias de las figuras claves del Ejército, como el hermanastro del ex presidente —jefe de la Fuerza Aérea— o un sobrino del mismo, líder de la guardia presidencial. La reacción violenta de facciones armadas leales al depuesto dirigente no se hizo esperar. Con todo, como escribe Ginny Hill en *FP*, “muchos yemeníes están



Getty Images

dispuestos a dar a Hadi el beneficio de la duda, considerando la cautela con la que libra sus múltiples batallas y que él es consciente de que su futuro político depende de cómo gestione el balance de poder”. De éste, de la habilidad del nuevo presidente de congregar viejo y nuevo orden, dependerá la estabilidad yemení. En fin, Hadi avanza lentamente, con un país dividido en facciones y grupos tribales enfrentados, una población ávida de reformas y una economía al borde del colapso, hacia la centralización del mando militar y la cohesión de un tejido civil nacional.

- Consulte todas las [Listas de FP](#)

Fecha de creación

19 julio, 2012